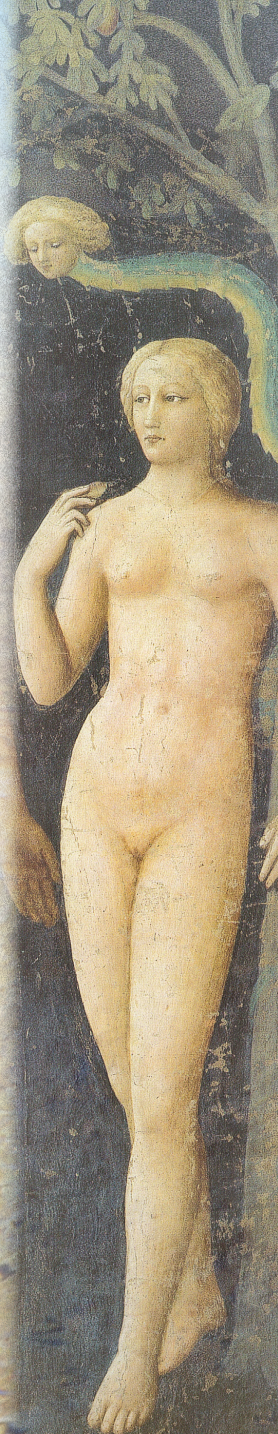
Veinte mujeres del Antiguo Testamento

Josep Lligadas



EMAÚS 90

Entra https://book.cpl.es/detalle.asp?codart=108090

Sumario

Veinte mujeres 7
Eva, al inicio de todo 11
Sara, la madre del pueblo 20
Agar, la esclava 28
Rebeca, una historia que continúa 32
Lía, la de los ojos apagados 37
Raquel, la amada 45
Tamar, en defensa propia 52
Sifrá y Fuá, la resistencia ante el faraón 55
María, la profetisa del Mar Rojo 57
Débora y Yael, cuando la gloria es para las mujeres 60
Rut y Noemí, el ejemplo de una extranjera 64
Ana, la estéril reivindicada 71
Betsabé, la esposa robada 74
Juldá, la tercera profetisa 79
Susana, la acosada que triunfa de sus acosadores . 82
Ester, la reina 88
Judit, la heroína 96
Epílogo desde el convento de San Marcos de Florencia 104

Veinte mujeres

Un mosaico fascinante. Al Antiguo Testamento podemos acercarnos de muchas maneras y desde muchas perspectivas, y este libro nos propone una concreta. Pero una que es, sin duda, especialmente atractiva.

La propuesta de este libro es acercarnos a la peripecia de veinte mujeres. Muy diferentes entre ellas, con experiencias de toda clase, con vidas que nos resultan a veces muy cercanas y estimulantes y en cambio otras más lejanas y difíciles de digerir… pero que, en su conjunto, constituyen lo que decíamos: un mosaico fascinante de riqueza humana y de riqueza de fe.

Hay una serie de motivos para esta fascinación, además del motivo general de que las historias bíblicas suelen estar muy bien narradas y enganchan fácilmente al lector.

El primer motivo es que, como resulta obvio, los personajes relevantes y que ocupan la mayor parte de la escena en el Antiguo Testamento son hombres, y las mujeres casi siempre tienen un papel subordinado. Por ello, resulta especialmente interesante mirarlas a ellas de cara, haciendo que se conviertan en el centro de la escena, y descubrir así una sucesión de pequeños hechos, sentimientos y actitudes que suelen quedar escondidos o, como mínimo, poco destacados. Y de hecho, sobre todo en los últimos tiempos, este interés por las mujeres del

Antiguo Testamento ha ido aumentando, y ha sido objeto de reflexiones y publicaciones desde diversos ángulos y con diversas miradas.

El segundo motivo es que, en las mujeres, aparece con mucho más relieve y más intensidad que en los hombres lo que ahora mismo decíamos: pequeños hechos, sentimientos, actitudes. En los hombres también se manifiestan pequeños hechos, sentimientos y actitudes, naturalmente. Pero quedan más perdidos en medio de la amplitud de sus historias. Aquí, en cambio, toman más relieve. Y encontramos de todo. Porque, afortunadamente, los escritores bíblicos no escriben con la mentalidad de determinados autores de "vidas de santos", que quieren ofrecer modelos perfectos. Ellos no. Ellos lo que pretenden es destacar sobre todo la acción de Dios que se mueve a través de la historia imperfecta de las personas y de la humanidad… En este sentido, ciertamente, resulta muy aleccionador ver cómo las grandes "madres del pueblo", Sara, Rebeca, Raquel, no son precisamente personajes modélicos, sino que están atravesadas por toda clase de pasiones y de instintos, y no todos precisamente buenos…

Y finalmente, el tercer motivo es que permite acercarnos especialmente a la situación de las mujeres de aquellas épocas, una situación que, según en qué casos, llega a estremecer. Una situación que nunca se cuestiona formalmente, pero que permite ver también las múltiples maneras cómo las mujeres reclaman su lugar e imponen su iniciativa. A veces reivindicando esta iniciativa como muestra de la preferencia de Dios hacia los débiles, como en el caso de Judit, pero otras simplemente como manifestación de orgullo y protesta ante los hombres, como en el caso de Lía y Raquel ante su padre o de

Débora ante Barac… En cualquier caso, acercarse a estas historias ayuda a darnos cuenta de cómo cambian los modelos de relación entre las personas, los modelos sexuales, los modelos familiares, los modelos sociales… y hace pensar también en cómo pueden –o, en más de un caso, deben– cambiar en el futuro.

Con este espíritu, pues, nos acercamos a estas veinte mujeres, todas ellas claramente identificadas, con su propio nombre, a pesar de que con diferentes niveles de consistencia histórica. Las hay que están bien situadas en la historia, aunque, como ocurre siempre con los relatos bíblicos, la transmisión oral y después escrita ha ido modulando los correspondientes relatos: sería el caso de María, Débora y Yael, Betsabé, o Juldá. Las hay que, a pesar de estar situadas en la historia, aparecen en unos relatos muy reelaborados en función del mensaje que quieren transmitir: es lo que ocurre con Sifrá y Puá, Ana, o Rut y Noemí. Está también, formando un todo, la saga de la época de los patriarcas, donde aparece el relevante grupo de mujeres que nos llega desde las antiguas tradiciones de los orígenes del pueblo: son las historias de Sara, Agar, Rebeca, Lía, Raquel o Tamar. Hay, además, las tres historias de Susana, Ester y Judit, que parecen claramente construcciones literarias con voluntad de reafirmar la fe y la confianza del pueblo en unos momentos especialmente convulsos. Y está, finalmente, la historia de Eva, la del inicio de todo. El orden en el que aparecen en este libro, sin embargo, respeta la cronología en la que los respectivos autores sitúan sus relatos, sin tener en cuenta consideraciones de historicidad ni de ninguna otra clase.

Ya puestos, encontraríamos unas cuantas mujeres más,

bien interesantes para detenernos en su historia, pero en un momento u otro teníamos que cerrar esta recopilación. Sobre todo, hay tres mujeres que en los relatos bíblicos aparecen sin nombre, y que, a pesar de ello, no queremos dejar de recordar, al menos en este prólogo. La primera es la hija del caudillo Jefté, de la que se habla en el capítulo 11 del libro de los Jueces, que muere a manos de su padre a causa de un insensato voto, y que es el único caso de sacrificio humano que encontramos en la Biblia sin ser criticado, un sacrificio humano que la muchacha acepta porque se supone que es lo que Dios quiere; cuando tiempo después se escriba la escena de Abraham que cree que debe sacrificar a Isaac para complacer a Dios, uno de los objetivos del autor será precisamente acabar con estas prácticas inhumanas. La segunda mujer es la madre torturada y muerta junto a sus siete hijos por querer mantener la fidelidad a la Ley en tiempos del rey seléucida Antíoco IV Epífanes, que gobernó entre los años 175 y 164 antes de Cristo y pretendió helenizar Jerusalén y toda Palestina y hacer desaparecer la religión judía; en el capítulo 7 del segundo libro de los Macabeos encontramos el aterrador relato de aquel martirio. Y la tercera es, en un tono muy distinto, la muchacha enamorada que llena de espléndida vitalidad el libro del Cantar de los Cantares, un estallido de amor humano gozoso y desinhibido que da gusto leer.

Hablábamos al principio de la riqueza humana y de la riqueza de fe que se encuentra en estas historias. Ayudar a conocerla mejor y a profundizarla es el deseo de este libro.

Eva, al inicio de todo

Parece que fue así. Hace miles de años, al final de un largo proceso de evolución de las especies animales, un proceso que en cierto momento dio un salto cualitativo fuertemente diferenciador, aparecieron sobre la tierra los primeros seres merecedores del nombre de "humanos". Bien poco podemos decir de cuándo ocurrió, ni dónde ni cómo. No lo sabemos, pero da igual. En cualquier caso, detrás de este largo proceso nosotros reconocemos la mano amorosa de Dios que lo acompañaba, desde la primera materia que existió, hasta estos seres que somos los hombres y las mujeres, capaces de unas posibilidades que ningún otro ser creado tiene, y capaces, entre estas posibilidades, de buscar y de encontrar a Dios.

Este hecho, la aparición de la especie humana sobre la tierra, es una maravilla. Y como una maravilla nos la cuenta la primera página de la Biblia, el inicio del libro del Génesis:

> Entonces dijo Dios: "Hagamos a los hombres a nuestra imagen, según nuestra semejanza, para que dominen sobre los peces del mar, las aves del cielo, los ganados, las bestias salvajes y los reptiles de la tierra". Y creó Dios a los hombres a su imagen; a imagen de Dios los creó; varón y hembra los creó (Gn 1,26-27).

Hay toda una puesta en escena: el autor presenta a Dios,

que hasta el momento ha actuado solo, dirigiéndose a su corte celestial (por eso habla en plural) y manifestando su propósito de culminar su obra creadora con alguien que de alguna manera esté a la altura del creador, alguien que sea el responsable y depositario de todo lo que Dios ha hecho. Alguien "a nuestra imagen, según nuestra semejanza". Y crea al hombre, al ser humano, a la especie humana. El ser humano, todo ser humano, es, pues, la imagen de Dios en el mundo, sin ninguna diferenciación ni supremacía que haya podido venir posteriormente por el motivo que sea y en el sentido que sea. Y después añade, sin más explicaciones: "varón y hembra los creó". Todo es muy simple y directo: el hombre, el ser humano, es hombre y mujer. No aparece aquí ninguna clase de precedencia de un sexo sobre otro, sino que el ser humano imagen de Dios es simultáneamente y al mismo tiempo masculino y femenino. Y la diferenciación (y consecuente relación) sexual forma parte de esta imagen de Dios. Y todo está lleno de una gran belleza.

Así es cómo aparece –ahora todavía sin nombre– Eva, la primera mujer del Antiguo Testamento, la primera mujer de la historia. Un símbolo, sin duda. Pero un símbolo espléndido. Y este espléndido símbolo contiene un mensaje que es básico para entender cuál es el proyecto de Dios sobre los hombres y las mujeres de todos los tiempos. Un proyecto que después será a menudo mal entendido, y será mutilado, disminuido, estropeado. Pero que nunca dejará de ser el punto de referencia al que volver constantemente. Recordar a Eva es recordar, por encima de todo, que el proyecto de Dios es un proyecto de hombres y mujeres iguales, formando conjuntamente la especie humana, y sin ninguna precedencia de uno sobre el otro. El relato de la creación en el primer capítulo del Génesis es una gran

afirmación de la belleza de la especie humana formada por hombres y mujeres al mismo nivel y con el mismo valor y, si queremos decirlo en un lenguaje actual, con los mismos derechos y las mismas obligaciones.

Y el relato prosigue. A ella y a Adán, Dios les da su encargo: "Creced y multiplicaos, llenad la tierra y sometedla…". Para eso los ha creado Dios. Ante aquel mundo inmenso y vacío, Dios les encarga llenarlo y convertirlo en una casa habitable y habitada. Es evidente que el "creced y multiplicaos" no se refiere a ningún mandato que obligue a tener muchos o pocos hijos, ni el "sometedla" es una invitación a expoliar y destrozar la naturaleza. Sino que Dios pone en manos de aquella primera pareja humana la continuación de su obra creadora. A ellos, y a todos los hombres y mujeres que les sucederán, les tocará saber cómo tienen que hacer para que aquel mundo que Dios les ha puesto en las manos sea esto: una casa habitada y habitable, continuando lo que Dios ha iniciado.

Esta es, pues, la primera presentación que tenemos de Eva. Y a continuación vendrá la segunda, obra de otro autor, que explica con una historia llena de ingenuidad este mismo hecho maravilloso. Es la historia de la mujer formada de la costilla del hombre, que es un relato que de entrada aparece como menos igualitario que el anterior pero que, bien mirado, también lo es en gran medida. Lo encontramos en Gn 2,18-25, y nos presenta al hombre situado en medio de la creación, en un jardín espléndido, pero solo, sin nadie a su nivel con quien pudiera comunicarse. Y Dios empieza a crearle, para que le acompañen, animales de toda clase. Y estos animales están a su servicio, pero ninguno es como él. Y entonces es cuando Dios, del mismo cuerpo del hombre, hace la

mujer. Y el grito de alegría del hombre estalla en medio de aquel mundo recién hecho: "Ahora sí; ¡esto es hueso de mis huesos y carne de mi carne!". Que es como decir: "¡Ésta sí que es como yo!".

En aquellas civilizaciones en las que la mujer por definición estaba sometida al hombre y a menudo era considerada como una propiedad más, este grito gozoso de Adán resuena como profundamente igualitario. Ahora, a nosotros, seguramente no nos lo parece tanto. Pero en aquella época sí lo era, y mucho…

Y este es el mundo que Dios ha hecho. Y aquí es donde se mueve aquella primera mujer, la madre de todos. Y Dios, a ambos, hombre y mujer, además de encargarles construir una tierra habitada y habitable, les hace otro encargo, ya referido más a los criterios de vida, a la profundidad del corazón. El autor del libro del Génesis lo dice con unas imágenes un tanto sorprendentes, que parecen un capricho divino poco justificable, pero que están repletas de contenido. Y vale la pena entender bien este contenido, y no mirarlo como un cuento infantil de manzanas y serpientes, o, peor aún, como una velada alusión a las supuestas maldades del sexo.

Dios les dice que todo aquello es suyo, pero que hay un límite que no deben traspasar: no han de "comer del árbol del conocimiento del bien y del mal" (Gn 2,16). ¿Qué quiere decir "comer del árbol del conocimiento del bien y del mal"? Quiere decir querer convertirse en los administradores del bien y del mal, en sus propietarios, en los que deciden qué está bien y qué está mal. Quiere decir, pues, ceder a la gran tentación: yo soy quien decide, en función de lo que a mí me conviene, qué está bien y qué está mal.

Es Dios quien muestra el camino del bien y del mal, quien ayuda a discernirlo. Él, que es todo amor, que no tiene intereses personales, que no tiene la tentación de perjudicar a nadie en provecho propio, es el punto de referencia hacia donde mirar siempre para encontrar el camino del bien. Incluso aquellos que no conocen a Dios, si son honestos y miran al fondo de su corazón, sentirán la llamada de Dios para encontrar el camino del bien. En cambio, si nos guiamos por este afán de poseer la llave del bien y del mal, lo que haremos será romper la armonía amorosa que Dios ha querido para la humanidad.

Y Eva romperá esta armonía. Ella será la primera, pero no le costará mucho convencer a Adán para que se apunte. La tentación de la serpiente es poderosa: el proyecto de Dios es una pura represión, dice; ¡lo que vale la pena es poder hacer siempre lo que yo quiera, sin otro límite que mis propios deseos e intereses!

Y las consecuencias son terribles. Enseguida se dan cuenta de que este camino que han emprendido será un desastre. Se dan cuenta de que están desnudos, sin ninguna protección, expuestos a la intemperie, avergonzados. Y la primera señal de que allí se ha roto algo muy importante la dan ellos mismos inmediatamente: ¡se ponen a acusarse el uno al otro! Ellos han querido ser los propietarios del bien y del mal para poder buscar siempre los propios intereses, y la primera consecuencia de esto es la ruptura entre los dos. Más adelante, en la historia de Caín y de Abel, las consecuencias serán ya mucho más trágicas. Y desde entonces, los hombres y mujeres de todos los tiempos hemos ido por un camino parecido…

Como vemos, estos relatos de los inicios del mundo y de

los hombres y mujeres están hechos a base de imágenes y de símbolos, pero si penetramos en ellos, podemos encontrar una gran riqueza.

Y un símbolo será también lo que vendrá a continuación: el hombre y la mujer, los hombres y las mujeres, hemos sido expulsados del paraíso de Dios. El pecado ha roto la armonía. El libro del Génesis habla de ello en términos de castigo, y además coloca en la escena mucha mitología: los querubines que vigilan, la espada de fuego que impide la entrada al jardín… Pero más allá de esta forma de explicar, se constata una dolorosa realidad: la vida humana dejada a sus propias fuerzas es muy dura.

El autor del Génesis, con todos estos relatos iniciales, ha querido imaginar qué hubiera podido ser un mundo bueno, tal como habría sido si desde los inicios el hombre y la mujer hubieran caminado según el proyecto de Dios. Y lo ha hecho en contraste con su experiencia y con la experiencia de su mundo. Y en primer lugar se fija en Eva y reflexiona sobre la situación de las mujeres: "Multiplicaré los dolores de tu preñez, parirás a tus hijos con dolor; desearás a tu marido, y él te dominará" (Gn 3,16).

Lo que hubiera debido ser un gran gozo, la posibilidad de poner en el mundo nuevas vidas, queda marcado por el dolor. Y el fortísimo estímulo vital que es el deseo de unión de la pareja, queda también desfigurado porque el hombre se considera con derecho a someter a la mujer. Realmente, parece que diga el autor, ¡las cosas deberían ser de otro modo! Y junto con ello, toda la dureza de la vida en general, tanto para los hombres como para las mujeres: "Con el sudor de tu frente comerás el pan…" (Gn 3,19). Realmente, las cosas deberían ser de otra manera.

Pero la historia de Adán y de Eva no se acaba aquí. El autor no quiere dejarnos sólo con Dios enfadado y la vida humana difícil. Los hombres y las mujeres hemos escogido una manera de vivir que no es la que él había proyectado, y las consecuencias han sido desastrosas, pero Dios sigue mirando con ternura al hombre y a la mujer que ha creado, y anuncia que llegará un día en el que las posibilidades de la serpiente, del Mal, quedarán aniquiladas. Y Eva será la mediadora: "Pondré enemistad entre ti y la mujer, entre tu linaje y el suyo; él te herirá en la cabeza, pero tú sólo herirás su talón" (Gn 3,15).

La serpiente, el Mal, ha conseguido engañar a la mujer. Pero llegará un día en que esta misma mujer que ha sido engañada y vencida por el Mal dará un fruto que romperá el círculo infernal de la serpiente. Y esta misma mujer engañada y vencida recibe, desde ahora, una vez se han manifestado todos los desastres que la ruptura con el camino de Dios provoca, el nombre emblemático: "El hombre puso a su mujer el nombre de Eva –es decir, Vitalidad–, porque ella sería madre de todos los vivientes" (Gn 3,20).

El hombre, que todavía no tiene nombre, da a la mujer un nombre que significa que todo el futuro está abierto: del vientre de Eva saldrán nuevos seres humanos, y no se romperá la voluntad de Dios de llenar y fecundar el mundo a través de la especie humana, a pesar de que esta especie humana haya fallado ya de entrada. El hombre y la mujer, débiles y tocados por el Mal, siguen teniendo el futuro abierto. En los siglos venideros, del linaje de Eva saldrá alguien que aplastará la cabeza de la serpiente.

Por el deslumbramiento de Eva ante las propuestas de la serpiente se rompió la armonía de la vida humana; a

través de su linaje se recuperará la posibilidad de rehacer este camino roto. Y de hecho, Dios, en un principio, inmediatamente después de la ruptura, ya dio signos claros de que quería hacer todo lo posible por recomponer la situación.

Ya de inmediato, Dios ofrece protección a aquellos dos seres desnudos e indefensos: "El Señor Dios hizo para Adán y su mujer unas túnicas de piel, y los vistió" (Gn 3,21). Y también de inmediato tendrán la experiencia de continuar siendo, a pesar de todo, aquellos en quienes Dios confía para llevar adelante su obra creadora: "El hombre se unió a su mujer Eva; ella concibió y dio a luz a Caín, y dijo: ¡He tenido un hombre gracias al Señor!" (4,1). Y después vendrá Abel, y después la tragedia entre los dos hermanos, y parecerá que todo vuelve a derrumbarse. Pero Dios no desistirá de su proyecto, y nacerá Set, y Eva podrá volver a alegrarse: "¡Dios me ha dado otro hijo!" (4,25). Y nacerán más hijos e hijas, y la humanidad saldrá adelante.

Dios, de este modo, marcaba el camino. Dios ofreció túnicas a Adán y Eva, para que no se sintieran tan indefensos; Dios, pues, invita a actuar como él y a hacer todo lo posible para paliar las consecuencias de la ruptura. Por eso, será bueno que los dolores del parto disminuyan, y será bueno que la mujer no tenga que sentirse sometida al hombre… Y será bueno hacer todo lo possible para que no sea tan difícil y penoso conseguir el alimento y que además este alimento pueda llegar a todos… Y será bueno que los conflictos no se quieran resolver como hizo Caín, sino que, al contrario, tal como soñaba el profeta Isaías, los pueblos conviertan sus espadas en arados y sus lanzas en hoces… Y será bueno reducir los sufrimientos

y las tristezas de todo origen y clase… Y al final de todo, Dios culminará el camino humano haciendo realidad la esperanza con la que acaba el último libro de la Biblia, el Apocalipsis: "Enjugará las lágrimas de sus ojos, y no habrá ya muerte, ni luto, ni llanto, ni dolor, porque todo lo viejo se ha desvanecido" (Ap 21,4).

Y así termina la historia de Eva. Eva es un símbolo. Hace miles de años, hubo una primera hembra humana. Nada sabemos de ella, de las concretas vicisitudes de su vida. Pero en cualquier caso, recordando ahora a la primera mujer, fuera como fuera y de donde fuera, podemos encontrar la primera luz de este itinerario que nosotros hoy continuamos recorriendo. Un itinerario que tristemente no fue tan luminoso como el Dios del amor había ofrecido. Aquella primera hembra humana, y aquél primer varón humano, entraron en un camino de ruptura con la armonía amorosa de Dios. Pero a pesar de esto dieron fruto, un fruto donde el bien y el mal se mezclan, como en nosotros.

Y Dios siguió guiándolos, y un día, en la tierra de Palestina, un descendiente de Eva amó como sólo Dios mismo puede amar, y murió por fidelidad a este amor. Y abrió una puerta de vida por siempre, para Eva, para Adán, y para todos nosotros.